

CABRA DEL SANTO CRISTO EN LONDRES

Juan Antonio Díaz López

La historia que a continuación voy a contar parece sacada de un relato de Borges. Todavía hoy, mientras la rememoro, me parece una de las vivencias más irreales que yo haya tenido, por lo que quiero ahora compartirla con todos vosotros y contribuir así a fijar parte de nuestra memoria común.

Todo comienza en los primeros años ochenta del siglo pasado. La ciudad, Londres. Y en esa ciudad yo me esforzaba por sacar el mayor partido a mi trabajo como investigador alternando mis visitas a las mejores bibliotecas que la ciudad del Támesis tiene, especialmente la de la Biblioteca Británica (British Library). Dado que en ese tiempo yo andaba trabajando en el impacto que la Guerra Civil Española había tenido en la literatura inglesa de los años 30, alguien me sugirió hacer una visita a una biblioteca del Este de Londres, en el popular barrio de Farringdon, que estaba especializada en estudios de comunismo. Se llamaba y se llama The Marx Memorial Library. En el pasado este barrio de Farringdon había sido un barrio obrero con una presencia de gentes de izquierdas bastante notable. Allí, por ejemplo, estaba el Morning Star, el diario comunista de Gran Bretaña. Y allí me dirigí un día de invierno. Noté nada más salir del metro que era un barrio diferente, no parecía ni siquiera Inglaterra. Luego me contaron que al fundar la biblioteca se decidió darle el nombre de uno de los padres del comunismo. Pero el inmueble guardaba además otro secreto. Había sido el lugar donde Lenin había vivido en su exilio londinense. De hecho, en los meses de verano cuando se abren las ventanas del edificio, alguien con sentido del humor coloca un gran busto de Lenin en una de las ventanas, como si estuviera tomando el aire y compartiendo el ambiente relajado de la plaza, donde existe un pub cercano a un antiguo cementerio, con sus lápidas de piedra, sobre las que se apoyan los ocasionales bebedores de cerveza. Hoy, el barrio ha cambiado bastante de fisonomía y la especulación ha hecho que pierda parte de ese encanto que yo había conocido en los años anteriores.

Cuando llegué allí aquel día, subí unas estrechas escaleras hasta la biblioteca, una biblioteca pequeña en cuyos estantes se acumulaban los volúmenes dedicados a los estudios del marxismo y comunismo. Tras presentarme al bibliotecario, estuve unas horas consultando el catálogo en un ambiente de tranquilidad académica. Descubrí, sin embargo, que no eran aquellos libros los que yo andaba buscando, así que el joven bibliotecario me dijo que quizás sería más conveniente que bajara al piso inferior donde estaban los Archivos de las Brigadas Internacionales. Me dijo que el archivero sólo venía dos días a la semana, así que tuve que esperar hasta la semana siguiente. Cuando regresé, me encontré con un amable bibliotecario, con un acento típicamente londinense y aspecto inglés, que muy atentamente se me presentó como Tony Atienza. Al escuchar ese apellido no pude contenerme y exclamé: “¡Pero ese apellido suena a español!” Y él me contestó:

- ¡Por supuesto, mi padre era español!
- ¡No me digas! Y, ¿de dónde?
- No lo sé, respondió.
- ¿Cómo es eso?
- Es una larga historia –me dijo–. Mi padre era periodista y trabajaba, en los años 20, en La Vanguardia de Barcelona. Al final de esa década, se vino a Londres como corresponsal, y aquí conoció a mi madre. Aquí nacimos nosotros y aquí crecimos y, por supuesto, aquí hemos vivido toda nuestra vida.
- Pero, ¿tú hablas español? –le pregunté.
- I understand un poquito –contestó.
- ¿Es que tu padre no os hablaba en español?
- No, resulta que mi hermano y yo fuimos educados fundamentalmente por mi madre, que era inglesa, y con ella sólo hablábamos en inglés, y ella con mi padre igual, así que mi padre también nos hablaba en inglés. Y, por supuesto, en el colegio sólo hablábamos inglés.
- ¿Y cómo supisteis entonces lo de tu padre?
- Bueno, él nos explicó que era español, pero no mucho más. Fue al final de su vida cuando empezó a contarnos cosas de su juventud y de sus comienzos como periodista en Barcelona y, luego, de cómo fue enviado a Londres como corresponsal, antes de la Guerra Civil Española. El resto era una historia ya conocida para nosotros. Mi hermano se fue a Canadá. Yo me quedé aquí, en Londres, me casé y

trabajo desde hace ya bastantes años en este Archivo, donde estoy poniendo en orden todos los papeles, fotos, recortes y publicaciones relacionadas con la Guerra Civil y con la actividad de los Brigadistas. Ahora voy a terminar el primer volumen de este catálogo, que espero puedas usar para tus trabajos de investigación.

De todas formas, me quedaba todavía una pregunta que hacerle, y era si no estaba interesado en averiguar esa parte de la vida de su padre y de ellos mismos.

Me dijo que estaba intentando hacer algo y así nos despedimos.

Yo, cada año, vuelvo a Inglaterra, al menos una vez. Y en los años siguientes volví a Farringdon y a la Marx Memorial Library, para trabajar y para ver a Tony Atienza, con el que me une desde entonces una gran amistad. Gracias a él conocí a los supervivientes de las Brigadas Internacionales en una celebración muy especial, el cincuentenario de la Guerra Civil, el 18 de Julio de 1986, con motivo de la inauguración de un monumento a los brigadistas en los aledaños del Queen Elizabeth Hall, muy cerca del Parlamento Británico.

Cada año, al volver a vernos, resurgía la conversación aplazada y volvíamos al tema de sus orígenes españoles. Durante años, como si fuera Sherezade, me estuvo contando por capítulos las averiguaciones que tanto su hermano como él llevaban a cabo tratando de averiguar su pasado. Ese primer año me contó que habían ido a Barcelona, que fueron a La Vanguardia y alguien les presentó a un viejo periodista que recordaba a su padre y que les aseguró que era imposible ver o consultar los archivos del periódico puesto que habían sido destruidos durante la Guerra, pero que, en cualquier caso, su padre, de eso estaba seguro, no era catalán, sino que había llegado allí desde Valencia y que seguramente allí iban a poder averiguar algo con parientes que aún quedaran con ese mismo apellido, que era la única referencia que ellos tenían.



Edward Atienza en dos actuaciones con la Royal Shakespeare Company.

Hasta ahora no he mencionado que el hermano de Tony no era otro que el conocidísimo Edward Atienza, un actor de formación clásica y una de las figuras más relevantes de la Royal Shakespeare Company. Él hablaba un español bastante correcto que había practicado a lo largo de su carrera teatral.



Pasó otro año y yo regresé a Londres y, cómo no, volví a ver a Tony, pues para mí era ya un aliciente conocer los adelantos efectuados por los hermanos Atienza en las investigaciones de su pasado español. Ese año me contó que habían estado en Valencia y, como no sabían por donde empezar, cogieron la guía de teléfonos, buscaron todos los Atienza que aparecían y, con gran paciencia, fueron llamando a uno tras otro hasta que alguien con dicho apellido les dijo que la familia

procedía, según recordaba, de Alcalá de Henares y que había militares en la familia en varias generaciones, mencionando también algo sobre otro apellido paterno.

Al año siguiente, recuerdo que era en primavera, yo estaba trabajando un día en el departamento cuando me dijeron que habían recibido una llamada para mí de unos señores de apellido Atienza, que estaban en Granada. Yo, la verdad, no imaginé que pudieran ser ellos, en absoluto, así que esperé a que volvieran a llamar y entonces descubrí

que se trataba de Tony y su hermano Edward, el actor. Les pregunté que cuándo habían llegado y que dónde estaban alojados, así como sobre los planes que tenían durante su estancia. Les insinué que podría acompañarlos a la Casa Museo de Federico García Lorca en Fuente Vaqueros, pues Juan de Loxa, el director, es un buen amigo. Me dijeron que estarían encantados, sobre todo Edward, que como actor siempre había admirado a Lorca. Luego me contaría que él había interpretado a Manuel de Falla en un documental para la televisión canadiense. Sólo la casualidad puede hacer estas cosas. Yo tenía en casa ese documental, y más tarde pude comprobar lo que Edward me había dicho.

Al día siguiente me presenté para recogerlos en la puerta del Hotel Guadalupe, en la Alhambra. Estaban esperándome y Tony me entregó como regalo una edición en inglés de la Guía de Granada de Seco de Lucena, que había encontrado en una librería de viejo en Londres. Le di las gracias y nos subimos al coche en dirección a la Vega y a Fuente Vaqueros.

Yo iba explicando cosas de Granada, de la Vega, de Lorca. La mañana era fría y brumosa todavía, como tantas mañanas en los alrededores de Fuente Vaqueros. En un momento de la conversación, cuando cruzábamos las alamedas de la Vega, Tony me interrumpió y me dijo:

- ¿Sabes que ya tenemos el final de la historia de mi padre?
- ¡No me digas! –exclamé yo, mientras seguía prestando atención a la carretera–. ¡Cuéntame!

- Pues resulta que después de Valencia nos fuimos a Alcalá de Henares. Allí, efectivamente, nos confirmaron que en nuestra familia, con otro apellido, había militares y nos aconsejaron que fuéramos al Ministerio de Defensa, donde se guardan todos los papeles relacionados con los oficiales del Ejército. Allí nos presentamos y nos fotocopiaron todos los documentos, los ascensos, nombramientos e, incluso, las partidas de nacimiento y bautismo de nuestros antepasados. Así que ya sabemos de dónde viene nuestra familia.
- ¿De dónde? –pregunté, cada vez más intrigado.
- De un pueblo pequeño en la provincia de Jaén, que tiene un nombre curioso, Cabra del Santo Cristo. ¿Lo conoces?

No pude continuar. Paré en seco el coche. Ellos me miraron intrigados, mientras yo buscaba en mi cartera el carné de identidad, para enseñarles el sitio donde yo había nacido. Lo saqué y les mostré el nombre. Ellos se quedaron petrificados y no paraban de repetir: “No me lo puedo creer, no me lo puedo creer”.

Apenas repuestos los tres de la sorpresa, les pregunté cuál era el apellido que no habían mencionado antes. Entonces me contaron que su padre había adoptado el apellido materno de Atienza para firmar como periodista, pero que su apellido real era Lajara, y que gracias a ese apellido habían podido averiguar su origen. Luego, yo les conté que todavía existen Lajaras en Cabra y que seguramente eran parientes.

Totalmente excitados después de todo el descubrimiento, llegamos a la casa de Lorca en Fuente Vaqueros. Allí nos esperaba Juan de Loxa. Después de las presentaciones le explicamos el motivo de nuestro estado de excitación y Juan se unió a nosotros diciendo: “No es posible, no es posible, esto no puede ser, esto es algo mágico”.



Juan de Loxa y los hermanos
Tony y Edward Atienza en
Fuente Vaqueros.

Todavía conservo las fotos que nos hicimos aquel día. Volvimos a Granada y terminamos comiendo en un restaurante en San Miguel Alto. Luego les ofrecí tomar café en mi casa donde les prometí enseñarles un vídeo con imágenes del pueblo. Mientras lo veían lloraban de emoción y prometieron volver con más tiempo, haciendo planes para un próximo viaje. Edward llegó incluso a sugerir comprar



una casa en Cabra, cuando se retirara del teatro, y recuperar sus orígenes recién descubiertos. Yo les prometí llevarlos cuando regresaran, pero todavía no he podido cumplir mi promesa. Espero que no sea demasiado tarde.

Juan de Loxa y Juan Antonio Díaz